



DOS POEMAS. *Rogelio Saunders*

AVISTAMIENTO DEL VESUBIO

para Susanne

Como el Vesubio
entrevisto
pero insoslayable
más allá
de deseo y olvido,
del jovial
saludo que intentaba
conjurar
resbaladizos adoquines,
ruido de máquinas y pájaros,
el temible
zumbido verde contra los cristales.
Así el vasto
cuerpo de la niña iba
saliendo del calor como la diestra
alfarería del horno,
urdiéndose, borrándose.
Siendo, arritmia sin quejido,
aleteo de pánico o brusca
girondella enérgica,
enorme risa de infancia convulsa,
espasmo sin comienzo,
esto, ahora mismo.
Los barcos alineados simulan
un hipotético

cuadro de Ingres.
El lento ferry desplaza
espacio, espacio y
tiempo
indistinguibles
ya en medio
del mar redondo.
Espacio oíble que ondula
entre camarotes blancos.
Y el ojo baila en el vértigo
de los arrecifes.
Imaginar el sordo paroxismo
de los diminutos moluscos
negros entrelazados
en racimos
y la brusca sal del agua
golpeando la memoria,
lo que el mar no devuelve.

¿Quién no ha pensado
con nostalgia
en el Mar de China?
Tú y yo caminamos
por senderos
secretos,
por pasadizos verdes
pisados
para siempre
esta única vez.
Sentimos
la abrumadora presencia
de lo ausente.
El fuego solitario,

el inclinado,
absurdo leñador
de ojos de fieltro
como
incesantes botones asombrados.
El sol abre surcos en la piel
sosegada y translúcida
que cruje
como papel.
La muerte del sabio resuena
entre
los altos
árboles invisibles.
El sueño
cae como una
gota brillante
sobre la anciana
risa de las gaviotas.
El trasgo ancilar
tropieza, salta.
Y la sombra
chasquea, el límite
relumbra.
Algo aparece, algo
no aparece ya.
Los días se elevan como
pájaros veloces
y la hierba y la piedra
resumen.
Este techo de siglos,
esta infinita
pared
de sueño y tiempo

colmada ya y espesa
mente vacía
de instante intenso,
de olor y ardor,
de amordazada
furia dividida,
cerrada.
Oh. Este
oh sin solución,
prometedor e
inconcluso
como
la paja amarilla y
la niña
des/vis/lumbra/da/ante
que movía
las piernas en la brisa
de julio. El ojo
contra la hierba
fermenta
su soledad de hijo.
Habrá siempre la rueca,
el afán.
La apuesta
del bardo, su hoja
rojodorada empujada
por la insistencia muda
del viento,
palabra sin límite.
Sobre las piedras calientes
el joven
repentinamente viejo
regresa

olvidado de la brasa
que ardió bajo su ojo.
Somos aún los mismos
(desconocidos, desconocidos)
contra la negra
noche que separa
su vasto labio engordado
de silencio, de hilachas
y de coágulos.
A lo lejos (desmedida
mente cerca)
roncos
gallos
incesantes
salmodian.

TÚ ERAS

El lobo huérfano de cola de plata está harto de gritar su destino de perro, su faena casi humana al pie del pino despiadado. Y ya la corneja se ha puesto de acuerdo con el puercoespín rabioso que hunde las uñas de niño en lo oscuro de la tierra. El sol está hecho como de un papel bilioso, indestructible y ácido como todas las noches sin ternura del mundo. Pero el lobo y todos los otros siguen haciendo girar la rueda, mientras el hosco satélite suelta su estrella de ajeno y el pozo mutilado amamanta a los cuervos nacidos en la carne viva.

El amor está hecho de todas las criaturas, de todas las tramas inextricables, de todos los sueños hundidos. Canta como un cartero ciego la estopa del día que muere, la luz que cayó como una piedra roja sobre el ojo del mago, y el beso de la adolescente, caliente como el fuego de Fausto, que sacudió al torpe hijo de la mañana como una serpiente eléctrica.

Es mejor que no sepamos lo que somos. Así podemos besarnos con toda la ignorancia, con la intacta locura.